

PALABRA de RATÓN



PALABRA de RATÓN

**JAMES PATTERSON
Y CHRIS GRABENSTEIN**

ILUSTRACIONES DE JOE SUTPHIN

TRADUCCIÓN DE ANTONIO-PROMETEO MOYA



Duomo ediciones

Ilustraciones: Joe Sutphin

Maquetación y adaptación de cubierta: Emma Camacho

Título original: *Word of Mouse*

© 2016, James Patterson, por el texto

© 2018, Antonio-Prometeo Moya, por la traducción

ISBN: 978-84-17128-06-7

Código IBIC: YF

DL B 24.276-2017

© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: febrero de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoedizioni.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Red Boy
-JP

Para Parker, Tiger Lilly y Phoebe Squeak
-CG



CAPÍTULO 1



«El mundo siempre es más grande cuando eres pequeño.»

Isaías

Mi historia comienza el día que perdí a toda mi familia.

Corro todo lo rápido que puedo detrás de mis hermanos y hermanas mayores. Por el pasillo. Pasado el cubo de la fregona. Hacia la puerta abierta.

Huimos de un lugar asqueroso, horrible y ¡totalmente TERRORÍFICO!

Y que además es el único hogar que mi familia y yo hemos conocido.

Mis hermanos y hermanas encabezan el camino a la libertad. Los noventa y seis. Yo soy el más joven, además del más pequeño. Lo único que tengo que hacer es correr

tras ellos, como hago siempre. Donde quiera que vayan, yo los sigo. Sé que será a un lugar más seguro. Y mejor. ¡Tiene que serlo!

Eso es lo que dice Abe. Y también Winnie.

Nos colamos por la diminuta rendija que hay entre la puerta y la pared, y entramos en la Tierra de los Gigantes.

El exterior.

El lugar en el que ninguno de nosotros había estado antes.

¿He dicho que estoy muy asustado?

¡Oh, no!

Una montaña negra con bultos que apestan a plantas podridas nos impide el paso y obliga a mi familia a correr en todas direcciones y separarnos.

—¡Familia! —grito—. ¡Esperadme!

Pero no pueden esperar. Es demasiado peligroso.

Trato de tomar un atajo para alcanzarlos. Corro hacia la cima de la montaña.

Mala idea.

Mi pata trasera pisa algo tan fino como una cáscara de huevo. La pierna se me hunde en un agujero viscoso, y no la puedo sacar. No es una montaña. Es una bolsa negra de plástico llena de basura.

—¡Familia!

Mis hermanos y hermanas han desaparecido por completo.

Y yo estoy atrapado.

Así que hago lo mismo de siempre. Asustarme.

—¡SOCORRO! —grito.

Esta huida ha sido idea de mi hermano mayor Benji. Pero Benji no está. Al igual que Abe y Winnie y...

Oigo detrás de mí el rumor sordo de zapatos humanos.

Alguien se acerca.

Tiro de la pata. No se mueve. Tiro otra vez.



Al tercer intento consigo liberar el pie. Tengo que correr. Tengo que encontrar a mi familia. ¡Sin ellos, no tengo la menor idea de adónde tengo que ir ni qué tengo que hacer!

Al otro lado de la montaña de basura rodeo una bolsa arrugada con una etiqueta que dice D-O-R-I-T-O-S, y llego a un saliente.

—¿Winnie? ¿Abe?

Miro a mi alrededor. No veo a nadie.

Entonces miro abajo.

Hay un abismo de un metro de altura hasta una rejilla de acero que cubre un túnel oscuro.

Cierro fuerte los ojos y me lanzo.

Aterrizo en un charco de agua fría y sucia. Odio que se me mojen las patas.

—¿Familia? —grito—. ¿Ha ido alguien más por el desagüe? ¿Hay alguien? ¿Hola?

Ninguna respuesta. Ni siquiera un suspiro. Solo me llega el eco de mi propia voz.

He oído decir a los humanos «¿Eres un hombre o un ratón?», cuando uno de ellos tiene miedo y el otro necesita ser valiente.

Bueno, pues está claro que yo soy un ratón.

Me llamo Isaías. No había estado tan asustado en toda mi vida, y eso es mucho decir, porque toda mi vida

he tenido miedo. Pero nunca había sido tan horroroso como en este momento.

No sé dónde estoy. Y he perdido a mi familia.

O mi familia me ha perdido a mí.

En cualquier caso, por primera vez en mi vida, estoy totalmente solo.

CAPÍTULO 2



*«Dios nos dio las bellotas,
pero no nos las dio peladas.»*

Isaías

Oigo el aullido de una sirena. Y destellos de luz roja que penetran en la oscuridad. ¡Horror! Acaban de activar la alarma.

Querría esconderme para siempre en el rincón más oscuro de este desagüe que no para de gotear, pero algo dentro de mí dice: «¡Sigue corriendo, Isaías! ¡No dejes que te atrapen! ¡Ve a buscar a tu familia! ¡Aprisa! ¡Muévete o estás perdido!».

Me adentro en la oscuridad.

Soy muy rápido corriendo. Es por todos los meses que he pasado en la noria de ejercicios. Muevo la cola para no perder el equilibrio y doblo una curva cerrada. Los

destellos de luz roja desaparecen. Y también toda la luz. Uso los bigotes como me enseñó mamá antes de desaparecer del Lugar Horrible, para orientarme entre las húmedas paredes. Entro de cabeza, a toda velocidad, en un túnel negro y vacío.

Y sigo pisando sobre mojado.

De repente, por encima, veo un fino rayo de luz.

Es una boca de alcantarilla.

Trepo por la resbaladiza pared lateral y llego a un callejón repleto de desperdicios (¡algunos de los cuales parecen de lo más sabrosos!). Pero cuando eres un ratón a la fuga que intenta alcanzar al resto de tu familia, no puedes parar a echar un bocado, por tentador que sea. Resbalo en una piel de plátano marrón y más que pasada, patino hacia un montón de cajas y caigo por una rendija más fina que una hoja de libro.

Cuando aterrizo (de culo) al otro lado, oigo voces.

Voces humanas.

—¡Encuétralos, idiota! —grita una—. ¡Encuétralos a todos!

—No ha sido culpa mía —balbucea la otra voz—. Solo he dejado la dichosa puerta abierta un segundo.

No necesito oír más.

Trepo por la pared de un edificio. Subo en línea recta utilizando unos agujeros tan pequeños que los humanos

ni los verían. Cuando llego arriba, veo un cable eléctrico meciéndose al viento. Salto desde la pared, vuelo por los aires y aterrizo con un *boing* y un bote.

Uso la cola para mantener el equilibrio, igual que un equilibrista utiliza su pértiga, y corro a lo largo del cable, que no deja de temblar.

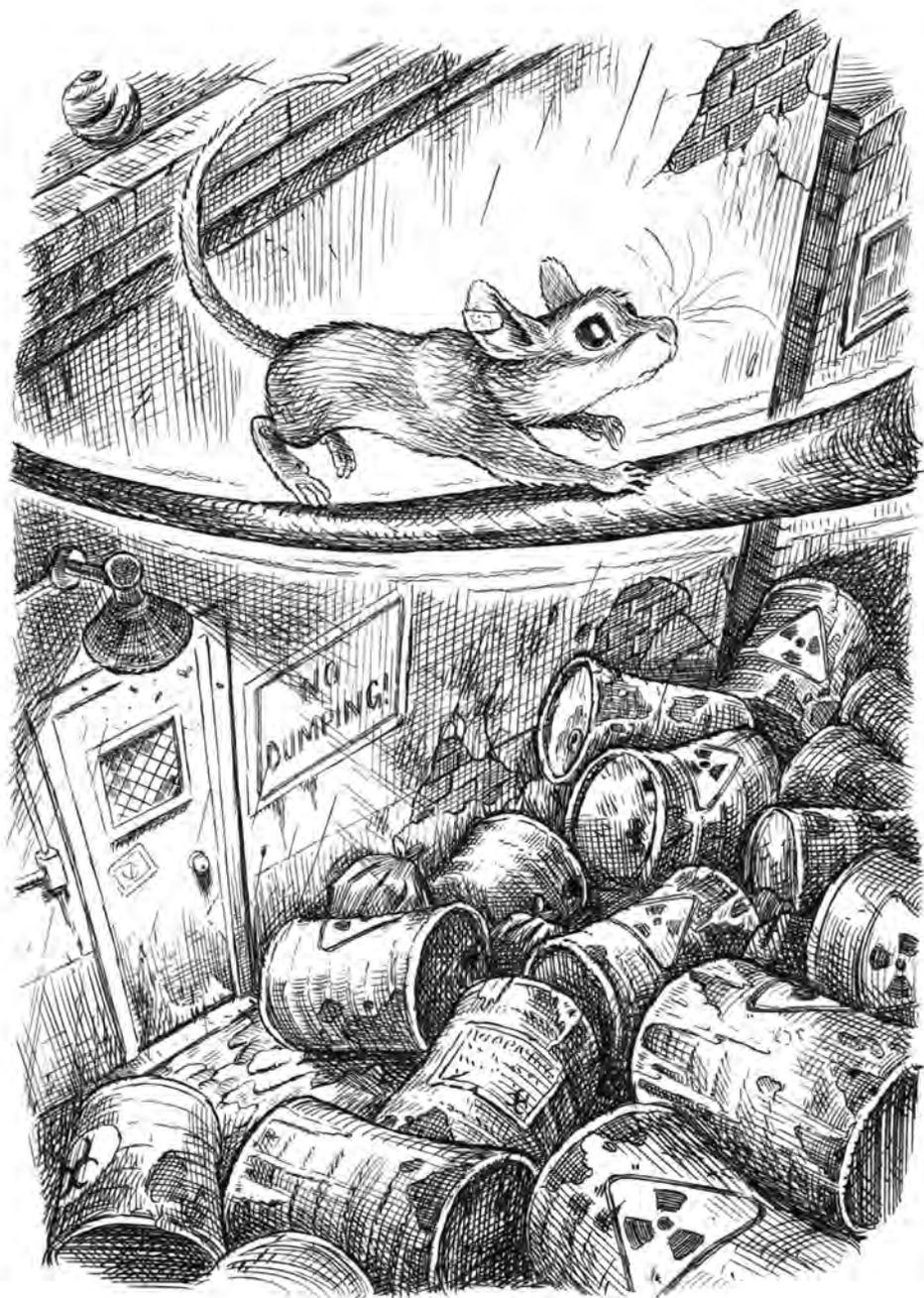
Enseguida me veo en lo alto de otro callejón. O quizá sea un vertedero de residuos tóxicos. El aire huele tan mal que me tiemblan los bigotes. Herrumbre. Productos químicos en descomposición. Olor a huevos podridos.

Tengo los oídos taponados por los aullidos de la alarma de hace un rato. Me tiembla desde la columna hasta la punta de la cola. Necesito a mis hermanos y hermanas para que me animen y me den valor.

Pero sigo sin ver a ninguno de ellos.

De todos modos, grito hacia el suelo:

—¿Familia? ¿Abe? ¿Winnie? ¿Hay alguien? ¿Dónde estáis?



CAPÍTULO 3



*«Por muy rápido que corra un ratón,
nunca escapará de su propia cola.»*

Isaías

Es como si hubiera estado varias horas corriendo, aunque solo habrán sido unos cinco minutos.

Los humanos han quedado muy atrás, pero hablan muy alto y mis oídos son muy sensibles.

—Y noventa y cinco —dice uno.

—Y con ese noventa y seis —dice el otro—. ¡Cógelo!

¡Oh, no! Han atrapado a toda mi familia. A Abe, a Winnie, a Benji y a...

—Buen trabajo —grita uno de los humanos—. ¿Cuál falta?

—Uno de los azules. El pequeñajo.

—Ese es el Azul 97. ¡Mira! ¡Algo se mueve tras ese barril!

—¡No conseguirás escapar, Príncipe Azul!

Se alejan. Lo mismo hago yo.

Sus voces se debilitan; debemos haber tomado direcciones opuestas.

¿Alguna vez habéis estado lejos de vuestra familia en un lugar desconocido?

¿Qué hicisteis? ¿Sentaros y llorar a lágrima viva? Pues ese también es mi plan.

Lo más horrible de todo es que sé exactamente dónde están los míos. Un lugar al que nunca jamás volveré.

Sé que los demás intentarán escapar de nuevo. Mi hermano mayor, Benji, no es de los que se rajan fácilmente. Nunca se rendirá. Seguro que pronto se le ocurre algún plan.

Pero ¿qué haré hasta entonces? ¿Vivir en la calle solo? Nunca he tenido que buscarme la comida ni un lugar donde dormir. ¿Por dónde empiezo?

De repente se abren las nubes. El sol de mediodía me calienta la piel y me seca las patas.

Decido seguir adelante. Necesito encontrar un lugar en el que esconderme hasta que Benji y el resto de mi familia consigan salir otra vez del Lugar Horrible. Y cuando lo hagan, ¡los estaré esperando!

Sé que estaréis pensando: «Un momento, Isaías. Eres un ratón. Se dice que los ratones son criaturas noctur-

nas, casi cegatas. Si es mediodía, el sol tiene que hacerte daño en los ojos».

Bueno, en primer lugar, para que lo sepáis: nosotros los ratones somos nocturnos y crepusculares. Eso quiere decir, claro, que actuamos de noche, pero también al atardecer y al amanecer. ¿Y cómo es que conozco un palabro como «crepuscular»? ¡Bah, conozco muchísimos! Por ejemplo, «tenebroso». En algunos casos quiere decir lo mismo que crepuscular.

Pero mientras el sol no me fría los ojos, no os preocupéis: a diferencia de muchos ratones de campo, de la variedad de huerto o de jardín, tengo una vista perfecta tanto de día como de noche. Y mi olfato también es sorprendente. Diez veces mejor que el de un perro. La verdad es que soy muy diferente en muchos sentidos.

Por ejemplo, si me vierais, seguro que gritaríais. No solo porque soy un ratón, sino porque soy un ratón azul. Del mismo color azul celeste que las golosinas que comían los Batas Largas.

No es por fanfarronear, pero también soy muy inteligente y tengo un vocabulario muy avanzado (casi podría decir «refinado»), pese a ser un animal que apenas pesa treinta gramos y mide trece centímetros.

También mis hermanos y hermanas son especiales, pero en otro sentido. Y no todos somos azules. Por

ejemplo, Winnie es de color aceite de oliva. Abe es rojo o, como él dice, «carmesí eléctrico».

Aunque supongo que ninguno de mis noventa y seis parientes estarán tan asustados como yo ahora: hablando en plata, soy el cobarde de la familia. Lo reconozco. De los noventa y siete que somos, soy el más miedoso, sobre todo en cuanto a los gatos.

¡Horror! ¡Qué he dicho!

¿Lo veis? Yo solo me he asustado al pronunciar la palabra «gato».

¡Cielos, lo he vuelto a decir! Las patas se me vuelven de goma mientras corro a toda velocidad por el cable de la luz. Resbalo y caigo de cabeza.



No hay red, pero, por suerte, debajo hay un montón de hojas blandas y esponjosas.

Ya sé lo que estáis pensando. No me siento orgulloso de ser tan temeroso y cobardica, pero es la triste realidad. Benji



dijo una vez que mi piel no debería ser azul sino color caca.

Me hago el muerto durante un par de minutos, por si alguno de los Batas Largas me ha seguido. O

peor aún, por si hay un pájaro revoloteando en busca de comida.



Cuando lo único que oigo es el viento que agita la hierba y los latidos de mi propio corazón, levanto lentamente la cabeza y observo el horizonte, preparado para todo. Busco un hocico familiar, unos bigotes amistosos.

—¿Abe? —pregunto, lastimoso—. ¿Winnie? ¿Benji?

No hay respuesta, claro. Lo que oí decir a los humanos es cierto: los han atrapado a todos. No se les ha escapado ni uno.

Solo yo. El ratón más cobarde de toda mi familia.

CAPÍTULO 4



*«Cuando lo has perdido todo,
ya no tienes nada más que perder.»*

Isaías

Me levanto sobre las patas traseras y miro a mi alrededor.

Estoy solo en el mundo. ¡Y ni siquiera sé en qué mundo estoy!

Supongo que tengo que elegir entre:

A) Dar media vuelta, volver corriendo al Lugar Horrible y entregarme a los Batas Largas. Si hago eso, estaré de nuevo con mi familia, sorbiendo agua azucarada de un tubo y comiendo pienso antes del anochecer, cómodo y calentito en mi lecho de virutas de cedro.

B) Seguir corriendo. Encontrar un escondite. Esperar a que mi familia escape y me encuentre.

Elijo B. Confieso que, poco antes de salir corriendo por la puerta trasera, mis virutas de cedro estaban algo húmedas. No se lo digáis a nadie, pero la idea de escapar del Lugar Horrible me dio tanto miedo que mojé la cama.

Leí en alguna parte (sí, sé leer... ¿cómo creéis, si no, que aprendí esas palabras tan serias?) que «nunca hay que tener miedo de nada, salvo del mismo miedo».

Bueno, eso lo escribió un humano. Nosotros los ratones somos tan pequeños que nos dan miedo muchas cosas: los pájaros, los gatos y el personal de limpieza con sus gruesas botas de trabajo.

Puede que no sea valiente, pero sí soy curioso. Por ejemplo, me pregunto qué habrá más allá de los árboles del extremo del campo en el que acabo de aterrizar.

Así que corro entre las altas hierbas (que me hacen cosquillas), atravieso a toda velocidad la arboleda y compruebo que estoy en las afueras. Eso creo. No puedo estar seguro porque nunca he visto el País de las Afueras. Solo he leído cosas sobre él.

Eso es lo único bueno que puedo decir del Lugar Horrible: tenemos libros. Montones y montones de libros.

Una biblioteca entera. También nos hacen pruebas. Montones y montones de pruebas.

Pero a veces, cuando los Batas Largas no miraban, leía por placer. Me gustaban las historias de aventuras. En realidad, siempre quise vivir una Gran Aventura. Ahora sé que solo es otra forma de decir que uno está perdido y solo.

Pero la curiosidad sigue picándome.

El mundo en el que acabo de entrar es totalmente diferente de todo lo que he conocido hasta ahora.

Camino de un lado a otro fijándome en lo que veo. Filas de árboles, coches aparcados y triciclos abandonados. Voy muy pegado a los bordillos de la acera y a las alcantarillas, por si tengo que volver a escapar a toda prisa.

En algunas ventanas de las gigantescas casas humanas hay gatos observando. Sé que ellos saben que estoy aquí fuera. Los gatos son listos. Sobre todo cuando tienen hambre.

Y hablando de hambre...

Después de tanto correr, saltar y temblar de miedo, el agua azucarada que he tomado para desayunar (estaba demasiado nervioso incluso para mirar el pienso) se ha evaporado por completo. Empiezo a olisquear a mi alrededor en busca de comida. Y no pienso ser muy quisquilloso ni exigente.

¿Sabíais que se cree que la palabra «ratón» en inglés (*mouse*) viene del sánscrito *mus*, que significa ‘ladrón’? Yo no me considero un ladrón. Nunca he cogido nada que no me hayan dado; no he tenido que hacerlo.

Pero correteando por el País de las Afueras, un extraño en tierra extraña, me doy cuenta de que no hay mucho donde elegir. No hay Batas Largas que vengan a darme mi cucharada diaria de pienso crujiente.

Por suerte, muchas de estas casas humanas tienen grandes contenedores con ruedas aparcados en la hierba, encima del bordillo de las aceras. Y huelen muy bien.

Olisqueo el aire en la base de una de estas altas torres de plástico. No puedo creer en mi suerte. Es una especie de gran almacén de comida apenas usada. Como tengo uñas que son como ganchos, trepo por la ladera del monte del Bufé del Desayuno y llego a la cima. Una de las bolsas de plástico blanco que hay dentro del inmenso contenedor tiene la boca abierta. Veo uvas. Una rebanada de pan salpicada de manchas azul verdoso. Y una pasta que debe ser puré de patatas (leí algo al respecto en un libro de cocina).

¡Es un bufé libre!

Mi estómago gruñe para recordarme que estoy muerto de hambre y para animarme a robar algo comestible. Sí, por primera vez en mi corta vida, estoy comportán-

dome como un auténtico ratón (o sea, un *mus*). Soy un ladrón de comida... ¡y me encanta!



¡Esta comida ligeramente usada es deliciosa!

Me zampo tres uvas arrugadas. Pruebo un poco de pasta blanda (que resulta que son tortitas con caramelo). Devoro el corazón de una manzana.

¡Todo está de rechupete! Estoy descubriendo nuevos sabores. Ampliando mis horizontes gastronómicos. Como he dicho, me he criado comiendo únicamente

pienso. Esa cosa seca y asquerosa que sabe a cartón. ¿Y cómo sé a qué sabe el cartón? Porque mordí casualmente la punta de una caja de cereales y reconocí el sabor en seguida. Sabía a pienso.

Estoy muy contento de no haber dado media vuelta para volver al Lugar Horrible. Este nuevo mundo es mucho más atractivo.

Me acuesto sobre la blanda cama de pan para saborear otra uva arrugada, cuando siento que algo sacude mi torre de comida.

Algo grande.

Me asomo por el borde.

¡Horror!

¡Es una rata!

CAPÍTULO 5



*«Todos nacemos con dones.
Cómo los utilizemos depende de nosotros.»
Isaías*

Mi fantástica fortaleza de comida está siendo atacada por ratas. ¡RATAS gigantes con dientes de conejo, piel sucia y muy mala baba!

Sí, de acuerdo, las ratas están relacionadas con los ratones. Ambos somos miembros de la familia de los roedores. Pero las ratas son como los primos avariciosos, violentos y despreciables. No quiero menospreciar a los parientes, pero seamos sinceros: las ratas son espantosas.

Noto un doble golpe debajo. Me lleno de valor y vuelvo a asomarme por el borde del tonel de comida.

¡Horror!



No me gusta lo que veo.

Una banda de grandes ratas sale por la boca de alcantarilla más cercana.

Es obvio que las ratas han percibido el aroma del Almacén de Comida Ligeramente Usada, al igual que yo. Y ahora quieren derribarlo y zamparse toda la comida que caiga... ¡y yo voy a ser su postre!

Menos mal que el contenedor tiene ruedas. Cuando las ratas empujan su base, no se vuelca. Sencillamente se desplaza por la hierba.

Frustradas, las ratas gruñen y golpean la base del contenedor con más fuerza, utilizando la cabeza como ariete. No me extraña. No suelen utilizar la cabeza para mucho más.

Veréis, puede que mis parientes las ratas sean grandes y feas, pero además son tontas. También es cierto que no han disfrutado de la educación refinada que he tenido yo. Ninguna está familiarizada con la ley de la palanca y el desplazamiento de pesos.

Por otra parte, han sido lo bastante listas como para tenerme atrapado. Ni por asomo voy a bajar para convertirme en merienda de rata.

Los roedores siguen golpeando, sacudiendo y empujando el cubo de lado. El jefe de la banda levanta la cabeza y me ve. Sacude los bigotes y lanza una risa burlona. No es un sonido amistoso. Es más como si se relamiese pensando en el pincho moruno de ratón que le espera.

Así que decido que es hora de desplegar otro de mis raros e inusuales dones. No solo soy un ratón azul. Respiro hondo y me estiro cuan largo soy, lo cual, por si no lo recordáis, es trece centímetros.

Comparadas conmigo, las ratas son gigantescas. Tan grandes como botas de bombero. No importa. Como he dicho, hay algo casi increíble que sé hacer.

—¡PIENSO! —grito.

Exacto. Puedo emitir otros sonidos aparte de los habituales chillidos de los ratones.

Tengo voz. Soy capaz de pronunciar algunas palabras humanas, sobre todo las que he oído una y otra vez.

—¡PIENSO! —exclamo.

La rata jefe me mira con una nueva expresión en sus ojillos brillantes y redondos. Reconozco esa cara. Es de miedo.

—¡PIENSO! —Esta vez agito las patas como loco para asustarla. ¡Soy el Conde Rátula!, ¡el monstruo de Ratonstein!



La rata jefe chilla y, con una sacudida de su peluda cola, se vuelve corriendo a la alcantarilla, seguida por el resto de la banda.

Desaparecen en un santiamén.

Y el corazón quiere explotarme en el pecho. ¡Ha sido la primera vez que he tenido que luchar por mi vida!

Puede que haya asustado a las ratas, pero yo también estoy muy asustado. Es verdad, estoy petrificado. Los ataques de las ratas pueden provocar algo así.

¡Quiero a mi familia!

A propósito, ¿sabíais que, como casi todas las madres

ratonas, la mía nos parió a los noventa y siete en menos de un año? ¿Por qué tantos hijos?, os preguntaréis. Bueno, los Batas Largas dicen que el tiempo medio de vida de un ratón es de un año, quizá dos. Supongo que hacen falta muchos hijos para que a nuestra especie no le ocurra lo que a los dinosaurios y desaparezca de la faz de la Tierra.

Pero también he oído decir a los Batas Largas que todos los ratones del Lugar Horrible son diferentes de los ratones normales en todos los sentidos imaginables. ¡Uno incluso dijo que yo podría vivir tanto como un ser humano!

¿Cuánto tiempo es eso? Los humanos, como no tienen que temer a los pájaros, ni a los gatos, ni a ser pisados (o a ser devorados por sus estúpidos primos las ratas), viven muchísimo más tiempo que los ratones.

¡Sería genial vivir tanto! ¡Pensad en la cantidad de fiestas de cumpleaños que celebraría!